

La gastronomía como lenguaje configurador de un contexto histórico en la obra “Las batallas en el desierto” de José Emilio Pacheco

Presenta: Hugo Israel López Coronel

Me habló usted siempre de las cosas extraordinarias con tanta naturalidad, que yo me veía obligado a aceptarlas como cosas naturales, y de las cosas naturales con tanta intensidad, que yo descubría en ellas nuevos sentidos. Me habló usted de los problemas más difíciles con tanta lógica y sencillez, que yo me admiraba de mí mismo y de ver tan claro, y de las ideas fáciles y habituales, de las opiniones admitidas con tanta agudeza y precisión que yo me quedaba perplejo descubriendo que no eran tan claras como yo creía. Me parecía que usted había dado conciencia a mis ojos, a mis oídos, a mi corazón y a mi cerebro. Y ¿qué otra cosa es un escritor sino la conciencia de la humanidad?

Ramón Pérez de Ayala

Un espacio ineludible en la elaboración de sentido en el texto literario –como en otros ámbitos culturales, tal es el caso de la Gastronomía como enunciación cultural– es la llamada dimensión simbólica del lenguaje. De esta manera, los símbolos, como unidades significativas, poseen el carácter que posibilita la migración significativa de una época y de un contexto a otro, lo que permite una estabilidad más o menos uniforme a lo largo de la historia de una cultura, y que al mismo tiempo, admite la diversidad interpretativa en la posibilidad de contextos semióticos. Desde este referente, la vida del ser humano se encuentra inmersa en el universo de los signos que permite reconocer ciertos valores simbólicos en el espacio de los discursos que articulan la práctica cultural.

En el campo de la Ciencias Sociales son diversos los enfoques y reflexiones en torno a los procedimientos interpretativos que se hacen de las fuentes de información como constructoras de la realidad. Por ello, la tradición como manifestación cultural, resulta ser una fuente imprescindible para la elaboración de sentido histórico en una sociedad. La

memoria social no es sólo la memoria individual de las personas, es la pertenencia a grupos sociales y por ello se comparte, se contextualiza y se vincula con el presente y el pasado. El proceso de transmisión de la tradición, mediante la memoria colectiva, conduce a un proceso de reinterpretación de nuevos significados, tal es el caso de la obra *Las batallas en el desierto*, de corte histórico, donde un discurso gastronómico permite la idea de un pasado que se configura como discurso presente.

La cultura, de acuerdo con Gilberto Giménez, en *Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas* (Giménez, 2008), es “la organización social de significados, interiorizados de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas, y objetivados en formas simbólicas, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados” (pág. 8).

En este sentido, las representaciones culturales, por una parte, se objetivan en artificios observables –formas culturales– (obras de arte, ritos, danzas, etc.); y por otra, se interiorizan desde esquemas cognitivos o desde representaciones sociales, a lo que Bourdieu llamó “simbolismo objetivado” o “cultura pública”, mientras que en el segundo caso están las “formas interiorizadas” o “incorporadas” de la cultura.

El concepto de identidad se relaciona con la idea de quiénes somos y quiénes son los otros; a decir de esto, se sitúa en la esfera representativa de nosotros mismos con relación a los demás. Esto significa realizar comparaciones entre individuos para localizar semejanzas y diferencias; por ello, cuando se localizan semejanzas entre las personas, se deriva que participan de una misma identidad que se distingue de otras que no parecen similares. Pero, ¿qué distingue a las personas y a los grupos de otras personas y otros grupos? La respuesta a dicha pregunta parece ser la Cultura.

La práctica culinaria permite afirmar la conciencia cultural, al tiempo que reitera cierta pertenencia a un espacio social que se evidencia en la identidad. La cocina, como espacio integrador, asiente la experiencia donde confluyen cosmovisiones, territorios de enunciación, estructuras de poder, jerarquías, etc., aspectos que no emergen accidentalmente ya que se desglosan de la expresión del ser social. En este sentido, el contingente de roles en la práctica culinaria: producción de los alimentos, preparación o consumo, así como las consideraciones atribuidas como preceptos, proscripciones y particularidades tanto individuales como colectivas, infieren una serie de universos de carácter ideológico, los cuales enuncian una palestra de dinámicas alrededor de la Cocina y que, al mismo tiempo, revelan dogmas, relaciones de producción y de poder, prácticas que no se reducen a la fugacidad de una preparación o el consumo de un plato.

La categoría del concepto de “Cocina” implica la enunciación de diversos marcos conceptuales, aspecto que da lugar a categorías como el de culinaria, gastronomía, comida, etc. Al respecto, Augusto Merino (Medina, 2007, pág. 10) hace referencia a la distinción entre comida y culinaria: “Este término alude a todos los procesos de selección y manipulación mediante los cuales los elementos nutritivos que el hombre necesita y que él encuentra en la naturaleza son aceptados como comibles y transformados en un alimento humano [...]”. En ese orden de ideas, el concepto de Cocina conjetura un entramado de dinamismos ordenados y análogos que retienen no sólo sabores, colores, texturas, sino también recuerdos y situaciones culturales de diversas categorías.

De esta forma, en el acto de comer se configuran los sabores, los saberes, los conocimientos y las memorias de los pueblos. Por lo tanto, hablar de Cocina, y por consiguiente del acto de comer, implica denotar la producción así como la preparación y el consumo, procesos todos ellos que evidencian la comprensión de elementos de diferente

naturaleza, unos de orden material y los otros de orden simbólico; esta distinción permite realizar otra lectura de las dinámicas que se conforman en torno a la Cocina, donde elementos de naturaleza diversa confluyen, interactúan y se superponen.

De acuerdo con Marcelo Álvarez (Álvarez, 2002, pág. 13), “la performance alimentaria no implica un acto aislado, sin conexiones, sino que se constituye en una trama donde el hombre biológico y el hombre social están estrechamente ligados y recíprocamente comprometidos [...]”.

Las obras artísticas y literarias son documentos privilegiados de la historia del imaginario que sugestionan al investigador, atrayéndolo a los terrenos tradicionales de la historia cultural, participando de este modo en el ensanchamiento de un campo al conjunto de la superestructura de la sociedad.

Las batallas en el desierto (2004), de José Emilio Pacheco, se puede inscribir como una novela de corte histórico, pues se desdobra sobre el referente del México del siglo XX, reescribiéndolo según las estructuras simbólicas de la ficción.

La trama, situada en la década de los años 40 el siglo XX, se enriquece de ambientes pintorescos y personajes coloquiales, y al mismo tiempo enuncia la forma de vida de personas en su contexto cotidiano, donde el personaje principal, Carlos, junto con su familia, existen en un proceso histórico muy particular para la historia moderna del México contemporáneo. Dicho contexto se sitúa en la ciudad de México, específicamente en la colonia Roma durante el gobierno de Miguel Alemán, proceso histórico que significó la entrada de nuestro país al proceso modernizador en todas las esferas de la vida cultural de la sociedad mexicana.

En este orden de ideas, se puede localizar dentro del universo discursivo de *Las batallas en el desierto* la referencia gastronómica como reforzadora simbólica, donde el

lenguaje es el eje de la psique humana y éste se circunscribe en los sujetos históricos, y por ende, en sus organizaciones sociales y relaciones de producción. Una evidencia de este proceso se constata en la siguiente cita:

Mientras tanto nos modernizábamos, incorporábamos a nuestra habla términos que primero habían sonado como pochismos en las películas de Tin Tan y luego insensiblemente se mexicanizaban: tenquíu, oquéi, uasamara, sherap, sorry, uan móment pliis. Empezábamos a comer hamburguesas, pays, donas, jotdogs, malteadas, áiscrim, margarina, mantequilla de cacahuete. La cocacola sepultaba las aguas frescas de jamaica, chía, limón. Los pobres seguían tomando tepache. Nuestros padres se habituaban al jaibol que en principio les supo a medicina. En mi casa está prohibido el tequila, le escuché decir a mi tío Julián. Yo nada más sirvo whisky a mis invitados: hay que blanquear el gusto de los mexicanos (Pacheco, 2004, pág. 3).

Dicha actitud, sitúa la focalización de la trama en referentes históricos, más allá del lenguaje literario que circunscribe la naturaleza del vehículo textual desde donde se enuncia, para verificar ciertos rituales sociales a partir de diversos sistemas simbólicos, para tal caso el gastronómico; estos metalenguajes entretejen vínculos ineludibles en la configuración de una época histórica que puede ser verificada en la naturaleza misma del ser humano: anterior y actual.

Otro ejemplo donde se matiza el lenguaje gastronómico como enunciante histórico del comportamiento de un sujeto en una época determinada es cuando Carlos visita la casa de Rosales, compañero de escuela: “Me recibió muy amable y, aunque no estaba invitado, me hizo compartir la cena. Quesadillas de sesos. Me dieron asco. Chorreaban una grasa extrañísima semejante al aceite para coches” (Pacheco, 2004, pág. 11).

Al momento de realizar una historia del pensamiento de cualquier grupo social comúnmente no se toman en cuenta las vertientes que se desarrollan al margen de sus

canales legitimados de producción. Es decir, aquellas formas de pensamiento que han acompañado las prácticas cotidianas de organización de la vida social. Por ello, un acercamiento desde otras miradas permite encontrar los puentes teóricos que se establecen entre la Historia y otras Ciencias Sociales en temas de estudio como el de los conflictos religiosos, éticos, sociales y culturales en un individuo histórico. Lo anterior, refuerza la idea de entender la realidad histórica desde otros lenguajes:

Pasen a merendar, dijo Mariana. Y nos sentamos. Yo frente a ella, mirándola. No sabía qué hacer: no probar bocado o devorarlo todo para halagarla. Si como, pensará que estoy hambriento; si no como, creerá que no me gusta lo que hizo. Mastica despacio, no hables con la boca llena. ¿De qué podemos conversar? Por fortuna Mariana rompe el silencio. ¿Qué te parecen? Les dicen Flying Saucers: platos voladores, sándwiches asados en este aparato. Me encantan, señora, nunca había comido nada tan delicioso. Pan Bimbo, jamón, queso Kraft, tocino, mantequilla, ketchup, mayonesa, mostaza. Eran todo lo contrario del pozole, la birria, las tostadas de pata, el chicharrón en salsa verde que hacía mi madre. ¿Quieres más platos voladores? Con mucho gusto te los preparo. No, mil gracias, señora. Están riquísimos pero de verdad no se moleste (Pacheco, 2004, pág. 13).

En el proceso de análisis del discurso es cada vez más evidente que la configuración de la conciencia individual –mentalidad–, está impresa hasta en sus capas más profundas por contenidos pertenecientes a la conciencia colectiva –ideología–, puesto que la ficción contemporánea de la realidad se sustenta sobre discursos elaborados históricamente sobre muchos aspectos del comportamiento social; la construcción histórica del presente, como imaginario colectivo, y sus posibles proyecciones en el tiempo, se realizan a través de los discursos que proporcionan concepciones de valores que se hacen propios, ya que la visión

del mundo se compone de innumerables imágenes almacenadas y también actualizadas como ideas, ellas, verificables desde la construcción simbólica del lenguaje.

Es por ello que, al verificar un saber culinario de una época determinada con el quehacer literario, también de una época determinada, se puede afirmar que se está ante la necesidad de comprender a la Historia desde otras esferas interpretativas, ellas vinculadas tanto a elementos estéticos –supuestamente extraños– como a semblantes estilísticos portadores de metalenguajes no sólo de representación conceptual, sino también material.

Finalmente, se concluye que un discurso dictado desde el universo culinario, contextualizado en una obra literaria, es un vehículo configurador que permite reinterpretar la forma en cómo se desvelan otros conceptos de análisis histórico, pues la interpretación metalingüística, como otro lenguaje, remite al discurso de la representación histórica actual, donde se intenta abordar la parábola ideológica que traza una obra de corte histórico, atendiendo, más que a sus actos y manifestaciones públicas, a las mismas formas de composición de la obra, partiendo, *per se*, de los contextos históricos, ya que la Historia es una constante en toda obra artística.

Trabajos citados

- Aguilar, G. H. (1994). *Figuras y estrategias en torno a una semiótica de lo visual*. México: Siglo XXI Editores.
- Álvarez, M. (2002). *La cocina como patrimonio (in)tangible*. Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.
- Giménez, G. (15 de Agosto de 2008). *Cultura, identidad y memoria*. Recuperado el 7 de agosto de 2017, de Cultura, identidad y memoria:
<http://www.mexicanosdiseñando.org.mx/WebMaster/Articulos/GG.%20Identidad,%20Cult.%20y%20memoria.pdf>
- Mendiola, A. (2009). Los géneros discursivos como constructores de realidad. *Historia y Grafía*, núm. 32, 21-60.
- Pacheco, J. E. (2004). *Las batallas en el desierto*. México: Taurus.